

XXIII.

ARMONIA Y DESENTONO EN GÉNOVA.

¿Quién no conoce en Génova á D. Bautista Quattrobrassa? *Sciou Baciccia* es un grande hombre en su género, conocido como la yerba betónica (1), y celebrado como el ave fénix de los *cicerones* de fonda. Figuraos un hombrecito gordo, altillo, musculoso, ágil, gentil, destinado á ser por la naturaleza un activo marinero, y compelido después por la precisión al arte del ocioso charlatán; figuráoslo como es en persona. Lleva noblemente su frac, su barba limpia, sus dos patillas tiasas de color de ratón, su olor de agua de Colonia, y sus

(1) Planta que se usa mucho en medicina.

guantes que tienen fama de blancos. Imagina ser poligloto, porque habla y echa mucho á perder varios idiomas, que con frecuencia sólo él comprende. En el pátrio es verdaderamente sapientísimo, merced á su gran predilección por la filología; muchas veces se le ocurre comenzar un discurso en italiano, é irse luego al más fino y primoroso genovés de Pádua.

De su país habla como un amante y como un erudito. Sabe de memoria cuanto existe á flor de marina, desde la *Foce* hasta la *Lanterna*; aun llegando á la cumbre de la plaza de Santo Domingo, y siguiendo el curso mediano de la ciudad, conoce al dedillo los palacios, como también los nombres de sus poseores pasados y presentes, pudiendo decir dónde hay una escalera, un salón, un panorama, una galería ú otra curiosidad digna de los viajeros. Si entra en un museo, no hay cuadro, estatua, vaso antiguo, bagatela apócrifa ó antigualla controvertida, que no bautice con franqueza, adornando su historia con arqueologías novísimas é inéditas. Cada portero le saluda como si fuese de su casa; los encargados de grandes fondas, cuando ansían un acompañante número uno, no recurren á otro que á *Sciou Baciccia*. A semejante alteza

social subió por mérito propio y por vocación especialísima. Hizo sus estudios sobre un barco llamado el *San Antonio Abad* que reinaba en el mar Mediterráneo, cuyos puertos recorría como una ardilla su cueva; promovido á la gran marinería, aprendió los idiomas y las costumbre de muchas gentes; por fin, habiendo combatido por ciertas balsas de bacalao, dejó en el Labrador un ojo, volviendo á su país para disfrutar el fondo inextinguible de los conocimientos adquiridos.

En los pocos días que mistres Needle permaneció en Génova decidida siempre á proseguir su viaje á Florencia, no salió nunca de la fonda sin haber consultado antes al señor Baciccia. Fuera porque chapurraba algunas frases inglesas, ó porque la señora comprendía algunas italianas, ó por que hacía Julia de intérprete para los dos, acababan de ordinario por entenderse los tres, y por ordenar el paseo del día. Mistress Ana, por lo tanto, con los suyos, y con tal escolta, siguió regularmente todas las revoluciones naturales de una forastera bien guiada: recorrió el mar con una lancha, en el puerto y fuera, cosa de precisión estricta para quien formarse ansí un concepto general del sitio y de la gran-

deza de la población; fué hasta Santa María de Carignan, y después en sentido inverso, hasta la punta de la Linterna; sin contar los paseos oblicuos, las carreras de través y las peregrinaciones excéntricas hasta el cementerio de Staglieno y la villa Pallavicino.

Cada uno de los viajeros tenía llena la mente de cien hermosuras. Ninguna ciudad presenta tantas perspectivas inesperadas, tantos suntuosos monumentos y tantos espectáculos distintos, como la Reina de la Liguria. Quien desde gran altura, y á vista de pájaro, la pudiese contemplar con todos sus alrededores, que forman un rádio de diez millas, fácilmente reconocería que Génova la Soberbia escogió ó más bien compuso para sí la situación más encantadora del jardín itálico. Mistress Needle no sabía conformarse con la idea de haber pasado el invierno en Italia otras veces, sin ver á Génova. La grandiosidad acompañada de Turín, la visible opulencia de Milán, la severidad bizarra de Venecia, los adornos artísticos de Florencia, la estrepitosa alegría de Nápoles, la sonrisa oriental de Palermo, y, por fin, la indescribible majestad de Roma, desaparecían en presencia de las novedades de Génova, cu-

yo aspecto es completamente original; toda luz, toda mármol, toda movimiento, toda viva con la vida de un pueblo infatigable por tierra y por mar.

Tal fué la primera impresión de los viajeros. Sin embargo, la pietista anglicana, sobre todos los demás placeres, ponía el de admirar las ventajas obtenidas por la Reforma, en virtud del oro esparcido en Génova copiosamente, según le constaba. Acordábase de las pomposas relaciones comunicadas á la sociedad bíblica para encarecer las empresas de los protestantes en aquella ciudad, como también de las jactancias de los valdenses y de otros amantes del puro Evangelio: su corazón se llenaba de placer, esperando hallar florecientes las iglesias *antipapistas*, y sobre todo, su propia comunión.

Sólo que, después del éxito infeliz de su peregrinación á los valles de Pinerolo, no se atrevía mucho á meter ruido con su devoto deseo. Espiaba la ocasión de visitar los templos casi por sorpresa. Habiendo salido, por añadidura, de Turín un poco precipitadamente por el disgusto del plan fracasado y por el intermedio de la disputa entre la joven y John, habíale faltado tiempo para pedir al pastor de Turín explicaciones sobre

la situación del protestantismo en Génova. Vióse por ello en la precisión de atenerse á los informes del señor Baciccia. Llamóle aparte, y le dijo:—¿Me sabríaís indicar el templo de la confesión anglicana?

Baciccia, que, preguntado sobre la Virgen de las Viñas, hubiera sabido conducir aun con los ojos vendados, se halló entonces bastante perplejo. Comprendió que ignorar algo de Génova era incompatible con el honor de su profesión, respondiendo francamente:—En la calle Assarotti,—é indicando el lugar en el mapa geográfico Ignoraba el hombre intrépido que había en el mundo cien castas de protestantes, y alcanzando poco más ó ménos que la señora preguntaba por una iglesia no católica, creyó sin más razón que se refería indudablemente á la única de que se acordaba. Tanto más, cuanto en su mente imaginaba que le hacía la pregunta por mera curiosidad, no acabando de persuadirse de que tan amable y humilde extranjera no fuese católica. ¿Cómo lo podía sospechar? No había notado que ni ella ni los suyos se burlasen de las cosas santas, viéndola más bien contenerse de buen modo en las iglesias, no charlar en voz alta, ni mofarse, ni comer por vicio, como lo hacen con frecuen-

cia villanamente ciertos protestantes en los santuarios más devotos. Cierto que no se arrodillaba con el fin de orar; más este abuso no es raro entre los católicos, y además veía á Julia de rodillas, como rogando en nombre de todos; creía, en fin, háberse las con señores católicos, ó, como decía, con cristianos.

Mistress Needle estudió en el mapa muy atentamente los alrededores y las entradas de la calle Assaroti; luego anunció á la familia un amenísimo paseo por la parte superior de la ciudad hasta el Albergue de los pobres:—Después de gozar allí las admirables vistas (esto decíalo al señor Bacciccia) iremos hasta la plataforma del ya temido castillito, y por último, á las calles de árboles del Acquasola.—Después pensaba con disimulo hacerse conducir á la calle Assaroti, para conocer el lugar á que había de acudir el próximo domingo á la hora del servicio divino. Tomaría entre tanto, lengua del ministro residente, del número de los fieles, de las escuelas frecuentadas, de la multitud de las conversiones, quedando sus hijos edificados, maravillada Julia y su iglesia con su verdadero renombre.

Sobre todo encarecimiento resplandecía

la mañana por su hemosura, marchándose alegremente con extraordinario regocijo de las niñas y de Julia, como también con alguna rara muestra de admiración del joven. Este, que veía por la vez primera los países meridionales, llenábase de pasmo, sobre todo, por la suave atmósfera y por el cielo benigno de aquel otoño tardo. El oxígeno vivo y agudo de las alturas le recordó, antes de la hora de la comida, los derechos de su estómago inglés, y llegado al café del Acquasola, dijo á su madre:—Entre tanto mudar de escena, ¿no podríamos poner como intermedio, v. gr., una chuleta en el plato? ¿Qué os parece?

—Dices bien, respondió prontamente la buena madre: un puntal para sostenernos hasta que comamos, es preciso.—

Hízose, pues, una parada en el café, con toda comodidad. El acto prudente, si no desplació á nadie, parecióle providencial á Bautista Quattrobrassa. Así descendióse bajo el puente del Acquasola con el estómago refocilado, con el corazón tranquilo, y con el paso más ligero. Allí trataba mistress Needle de reconocer la iglesia, no pensando los otros sino en gozar la incomparable vista de la calle Assarotti, que sube ancha y derecha en dirección al monte.

—¡Qué espectáculo! exclamó la joven al primer golpe de vista.

También la señora estaba suspensa por el asombro.—¡Es preciso subir hasta la cumbre! dijo de propósito, sabiendo que hallaría la iglesia en la mitad de la calle. Se formó la escuadrilla de viaje: Clara y Clemencia formaron la vanguardia; la señora el cuerpo de batalla, con Julia y John armados de guías de piel roja; Bacciccia constituyó la retaguardia, aunque frecuentemente iba como un tirador arriba y abajo, dirigiendo á todos, y contestando á las preguntas. Subían muy despacio, sin precipitación, gozando aquellas dos inacabables hileras de palacios nuevos que flanquean la calle hasta la plaza Manin; confesaba mistress Needle que pocas veces había encontrado una de más apariencias.

Añadía Julia:—¡Qué bien terminada! ¡Qué bien hecha! Observad el efecto mágico del abanico de la fortaleza en la punta más distante del monte: ¡cuán bellamente completa el panorama de la calle Assarottí! Mas bien parece bosquejado por el feliz ingenio de un pintor de paisajes, que construido para las rudas necesidades de la guerra.

A John le abrían, por decirlo así, los

ojos las observaciones de Julia: Hasta entonces no había deseado tener fama de artista, admirando más bien cualquier objeto que se ofreciese á su mirada, si era de gran mole: con el propio sentimiento de aprobación hubiese mirado un *dock* de Liverpool que el palacio Strozzi de Florencia: no tenía el gusto de las artes, fuera de alguna luz que le proporcionaban en teoría sus conocimientos literarios. Pendía de los labios de Julia como un niño. Para él aquellas fábricas ingentes, revestidas algunas con puro mármol, todas grandiosas, simétricas y adornadas, eran el *non plus ultra* de la noble arquitectura. Mas la ilustrada doncella, que tenía en los ojos los compases, así como en la mente las obras maestras de Grecia y de Roma antigua, sin contar los monumentos arquitectónicos de la Italia de los siglos pasados, no sabía de ningún modo abstenerse de señalar algunos defectos.

—Es verdad, decía; hay cosas grandes y ricas; ningún municipio italiano, fuera del genovés, hubiera podido construir, como á toque de tambor, una carrera semejante de palacios, mas yo no hallo todo lo genovés viejo.

—¿Cuál? preguntó John.

Julia:—¿Os acordais del palacio Ducja que vimos ayer, con su átrio sostenido por ochenta columnas de marmol blanquísimo, que podría envidiar una mansión para emperadores?—He aquí lo genovés viejo. ¿Recordais el palacio de la Universidad, el Doria Tursi, el Serra, los dos ó tres Durazzo, el Brignole y el Balbi? He aquí lo genovés viejo. Aquellos príncipes mercaderes gustaban de tener mansiones régias. Recordad el Albergue de los pobres que vimos poco antes, y el hospital de Pammatone; y Santa María de Carignan, y San Siro, y la Virgen de las Viñas, y San Lorenzo: por su simple vista se siente pequeño el que los contempla.

—Y sin embargo; esta calle, replicaba John, me parece magnífica; la ciudad moderna me causa estupor.

—Y con motivo. Génova, en la edad presente, es la que menos se aparta de las tradiciones antiguas italianas, y bien puede vanagloriarse de haber erigido las más espléndidas moles de toda la Italia: ¿Teneis presente su camposanto?

—¿Cómo no?

—Los hallareis, dijo Julia, con mejores jardines, como en Nápoles; más memorables por su antigüedad, como en Pisa, más

grandemente majestuosos, como en Turín, y más venerandos por el sitio y las circunstancias, como en Roma; pero un camposanto de tan severa y solemne arquitectura como el de Génova, que brilla por su hermosa unidad, no lo encontrareis. ¿Qué otro ayuntamiento hubiera nunca soñado un pórtico como el que ciñe el puerto franco, hecho en toda su extensión con vivas rocas de mármol de Carrara? Para esto se necesita el genio y la bolsa genovesa; se necesita este pueblo, el más árdido y comerciante de los de Italia.

John, á pesar de los reparos y explicaciones de Julia, continuaba siempre absorto en las maravillas, no concluyendo de mirar con el lente las fábricas de la derecha y de la izquierda.—Pero ¿que hallais vos, preguntó, que á la población antigua no corresponda? Es un sistema diferente, pero hermoso también, y magnífico.

—¿Lo quereis ver palmo á palmo? respondió Julia. Considerad una cosa vulgarísima en el arte. Las habitaciones de los viejos patricios, aquí, como en las demás partes, sólo se destinaban á proporcionar cómoda estancia á una familia de costumbres señoriles, acostumbrada, por lo tanto, á enaltecer y albergar espléndidamente á

sus huéspedes y amigos. Una sólo, pues, era la mansión de respeto, con algunas secundarias habitaciones en servicio del que hacía la casa para sí ó para comodidad de los suyos: lo demás destinábase á morada de los familiares y de la servidumbre numerosa, como también á cuadras, cocheras y almacenes. Con tal propósito diseñaban los arquitectos. Mirad ahora los palacios modernos, y miradlos desde la cabeza hasta los pies: ¿qué me decís de las tiendas que hay en su parte inferior? ¿No huele incontinenti á espíritu de granjería? Por fortuna, no todos las tienen. Mas contad los pisos . . . tres, cuatro cinco, seis y más: serán, si quereis, grandes casas de ricos banqueros y de poderosos empresarios; mas nunca palacios de grandes señores. Halladme aquí un gran portal, una escalera suntuosa, un vestíbulo, un patio con columnas... ¡Quita allá! El dueño no quiere perder área sino conseguir estancias que alquilar: he aquí todo el pensamiento del que construye y edifica. Aun en aquel escaso trozo que sale de un lado de la fachada, por la subida del terreno, hay una ruin tienda, para que produzca: un genovés de pura raza hubiese allí hecho un gran vaso de plata de tres picos para sus *florentinas*.

Al oír John estas reflexiones sencillísimas, casi elementales, se maravillaba de que no le hubieran ocurrido antes de oírlas á otros.

La Needle se complacía, pero no tanto que olvidára la capilla protestante. Volviéndose á la izquierda, descubrió un edificio en construcción muy adelantado, que prometía ser un insigne monumento de buen gusto.

—¿Qué es aquello? preguntó al señor Baciccia.

—Es la iglesia de la Inmaculada Concepción: se construye á expensas de los devotos.—Esto respondió Baciccia, con poco placer de la señora, que se figuraba que era el templo ansiado. Lo peor fué que á poco paróse Julia, y viendo á la derecha un edificio enorme, juntó sus manos, exclamando:—¡Es posible! ¡Qué desentono! ¡No hay juicio!—La joven se puso en un ángulo, mirando al mismo tiempo la fachada sobre la vía Assarotti, y el lado sobre la calle Curtatone, midiendo con el sentido de una vivaz artista napolitana la multitud aquella de construcciones informes.—Venid aquí, señora, y ved si se puede acumu-

lar más desdén del arte en un solo diseño. ¡En la más adornada y linda de las calles de Génova poner un paredón de tal naturaleza, y tizarlo después con tintas sucias antipáticas! Esto es desafiar al buen sentido.

— Quiere representar, observó John, un muro de piedras cuadradas, negras y amarillas.

— Representa, respondió Julia, un montón de quesos de Parma, alternados con otros *gruyer* de los Alpes. ¿A quién se le podía ocurrir poner en la calle Assarotti una fachada tan lisa, sin una faja siquiera?

— Suplen las columnas.

— ¡Qué columnas de Egipto! Estos cordones que descienden de alto á bajo, si quieren figurar pilastras metidas para refuerzo, no tienen flancos, siendo pobres y débiles: si pretenden ser columnas, pregunto yo, ¿qué sostienen? Nada: están ahí de prestado. A mis ojos tienen apariencias de seis gárgolas para letrinas: ni más, ni menos. Para decorar un frontispicio es propiamente lo que se necesita . . . sobre todo con aquella mampara de arriba . . .

— ¿Dónde? preguntó John.

— Allí, sobre la cornisa. Me parece que

han tratado de representar un sobrepuesto antiguo; mas estudiándolo bien, pintado como está, parece, lo repito, una mampara.

John convino. Realmente Julia expresaba el pensamiento que ocurre á cualquier observador, teniendo un par de ojos para ver. No era muy difícil de contentar, ni tenía la mala costumbre de combatir toda especie de arquitectura que no fuese griega ó romana. Habíase detenido con placer para contemplar el oratorio *ojival*, erigido en el camposanto para la familia Rubaltino; había ensalzado de todo corazón la casita gótica, verdadera joya resplandeciente que surge al lado de la Inmaculada, aplaudiendo la discreción del propietario, que había la edificado más allá del jardín, y no al nivel de la calle. Si bien le delectaban poco los órdenes agudos, no desconocía el valor del arte, cuando valor tenía. No sabía, entre tanto, que sus reflexiones cruelmente laceraban el corazón de mistress Needle. La buena pietista, que secretamente andaba en busca de un templo anglicano, había leído esta inscripción en la sobrepuerta de la casa: "Jesús le dijo: Yo soy la verdad y la vida. Ninguno viene al Padre sino por mí. Dios es espíritu, por lo que conviene que

los que le adoran le adoren en espíritu y en verdad." De lo cual había inferido que aquel era precisamente el oratorio de su comunión. El señor Baciccia, que ni por sueño pensaba en las infinitas variaciones protestantes, la confirmó en su conjetura.

Mas no tardó mucho en desengañarse. Habiéndose acercado en busca del conserje, vió una buena mujer junto á la puerta, que había ido á llevar verduras, y la preguntó:—¡Oh, amiga! ¿qué templo es este?

—No es un templo, respondió la intrépida mujer del pueblo; el templo está más arriba, á la izquierda: pregunte por San Bartolomé.

Baciccia se incorporó con la señora, confirmando nuevamente que sin duda era el templo protestante.

—¿Está el señor ministro? preguntó la Needle, cuando le abrieron la puerta.

—Está fuera, respondieron.

—¿Pero está en la población?

—No, señora; está de vacaciones en Pinerolo.

—¿No es un señor inglés? replicó la pietista, concibiendo sospechas al oír el nombre de Pinerolo.

—Señora, no.

—¿De qué protestantes es la iglesia? ¿De los ingleses?

—No, señora; de los protestantes venidos de Pinerolo.

—¿Quereis decir de los valdenses?

—Precisamente.

Se dirigió con algún despecho mistress Needle á Baciccia:—¿No os había dicho que buscaba el templo anglicano, el templo de los ingleses?

Perdonadme, señora; creí que buscábais el de los protestantes. Si hubiéseis mencionado la iglesia de los ingleses, os hubiera conducido en derechura: ¡considerad que conozco á Génova como á mi bolsillo! Pero es mal de nada: á pocos pasos de aquí está; dejaos guiar por mí.

—Vamos súbito, dijo la señora.—

El grupo, pues, comenzó á bajar por la calle Assarotti. Ya sabía Julia que mistress Ana iba de peregrinación devota, buscando su templo, y se propuso en su interior no decir nada contra su arquitectura, de cualquier modo que la encontrase. Se descendió casi hasta la plaza Corvetto, y por una breve travesía fueron á la de Marsala.

—¡He aquí otra vía Assarotti! exclamó Julia, viendo comparecer á su vista la calle Palestro.